

armas, dió sus naturales resultados. Sibila, posponiéndolo todo á la vida de su esposo, declaró que entregaria la ciudad, si la sentencia capital se revocaba. Mauricio mismo, comprendiendo cómo habian de argüirle la conciencia, la patria, la historia, si toleraba tal crimen de Estado, intercedió para que no se derramara en el cadalso, y por mano del verdugo, su propia régia sangre. Debió sin duda comprender el Emperador todos los peligros, que guardan para los tronos los procesos de los reyes; y se resolvió, con tal de tener á Witemberg, por librar de la muerte al Elector. Mas bien cara le hizo pagar su vida. Al principio de las negociaciones para la abrogacion del terrible acuerdo propúsole que se sometiera de todo en todo á los futuros acuerdos del Concilio. Resistióse con grande resistencia el Elector y dijo que preferia la muerte á la traicion y á la apostasía. Sus escrúpulos, en todo cuanto pudiera referirse á la conciencia, lleváronle á transigir en todo cuanto pudiera referirse á la política. Así, renunció al Electorado para sí mismo y para los suyos; entregó Witemberg y Gotha; soltó, sin rescate, al príncipe Alberto de Brandeburgo; renunció á feudos importantes; cedió sus bienes á Mauricio de Sajonia y á Fernando de Austria; prometió no pactar jamás alianzas de ningún género contra el Emperador de Alemania y el Rey de romanos; en fin, lo entregó todo, y hasta entregara la vida, con tal de que á salvo quedase la conciencia. Entraron, pues, las tropas imperiales en la cuna de la Reforma. Varios de esos chacales, que arrastrados por la supersticion, prefieren sus venganzas á toda la humanidad, trataron de profanar el cadáver de Lutero, saciando en sus huesos una sed, que no habian podido saciar en su sangre. Pero Carlos V les respondió que hartos que hacer le daban los vivos para regostarse á combatir con los muertos.

Hemos dicho, en repetidas ocasiones, que la revolucion religiosa tenia dos jefes, el Elector de Sajonia, su jefe espiritual, y el Landgrave de Hesse, su hombre de accion. Vencido el Elector, humillado, roto, vencida quedaba, rota y en la humillacion mas horrible la liga de Esmalkalden. Pero el brazo de esa liga quedaba firme todavía; y era necesario cortarlo. ¿Qué habia de hacer este soberano, rendidos todos los suyos, y entregado á merced de las victorias imperiales el centro de Alemania? El Emperador le conjuraba para que se entregase á discrecion y le decia que no empeorase su estado resistien-

do allende sus conveniencias. Aunque intervienen á favor de este formidable enemigo Mauricio de Sajonia y algunos otros potentados, Carlos solo promete exentarlo de la pena capital y del cautiverio perpetuo. Al oír tales determinaciones enfurécese el ya soberbio guerrero, y en su ira, promete mantener la guerra y la guerra sin cuartel contra el Emperador y el Imperio. Pero nada puede hacer el Landgrave cuando muchos de sus propios amigos están con el Emperador y el centro de Alemania ocupado por las tropas imperiales y el jefe de la revolucion religiosa cautivo á pesar de la diadema electoral que lleva en sus honradas sienes. No hay remedio, si quiere salvar la vida, tendrá que entregarse á discrecion del César, pedirle perdon de rodillas, renunciar á toda liga que no esté mandada por el Emperador ó por Fernando, desarmar á sus súbditos, satisfacer para gastos de guerra cien mil escudos en oro, demoler sus fortalezas, desmontar su artillería, rendir los antiguos dominios arrancados á la casa de Brunswick, declararse reo de lesa majestad imperial y tender sumiso y resignado el cuello á sus terribles sentencias. Sin embargo de todo esto, sus patronos son los dos Electores fieles á Carlos V. Uno y otro dicen al fogoso Landgrave, que, sometiéndose de grado, pasará por una humillacion aparente y conservará su libertad y sus Estados. En verdad creen poder dar la certeza de tal ventaja tanto mas al Landgrave cuanto que Mauricio le habia pedido al César que no agravase de ningun modo la posicion de su víctima y el César le habia respondido que no acostumbraba, no, á llevar el rigor de sus castigos mas allá del rigor de sus tratados. Decídese, pues, aquel Landgrave que representaba toda la energía del Protestantismo en sus combates á presentarse delante del Emperador y á rendirse de grado á su soberanía con tal de salvar la íntegra posesion de sus Estados.

El 18 de junio de 1547 el Landgrave llega, tras largo viaje y escoltado de cien jinetes, á la corte de Carlos V. Lo primero que encuentra es una condicion, con la cual no habia contado, la de someterse á los acuerdos del Concilio y dejar la interpretacion de las cláusulas restantes de su tratado á la buena voluntad del César. Mucho se resiste, mucho forcejea; mas como el prisionero en su cárcel, como el cautivo en sus hierros, como el reo en su patíbulo. La autoridad imperial abrumábale con su incontrastable pesadumbre. La hora de presentarse al vencedor llega. Carlos se levanta en su trono de gloria,

rutilante y circuido de su corte aparatosa. Segun lo inmóvil de su postura, lo rígido de sus facciones, lo silencioso de sus labios, lo indiferente de su expresion, hubiérasele tomado por una estatua, ó mejor dicho, por un ídolo asiático. El Landgrave, tristemente vestido de riguroso luto, pugnaba por levantar la cabeza y sonreír á los cortesanos, pero bien pronto se rendía con resignacion al peso de sus tristes pensamientos. Naturaleza fogosa, ánimo soberbio, espíritu inquieto y valerosísimo, acostumbrado á dirigir á los hombres, á reinar sobre una parte de Alemania, debía sentirse presa de terrible humillacion al presentarse ante un vencedor que le recibía tan severamente y rendirse y hasta hincarse como un creyente á la faz de su Dios. Para mayor tristeza, rodeaban á Carlos V los mas implacables enemigos del Landgrave, los derrotados por él en los campos de batalla, sus antiguos cautivos, como por ejemplo, Enrique de Brunswick, prisionero ayer en sus calabozos y en aquel momento testigo presencial de su deshonra. Gravísima fué á la verdad su situacion delante del César. Mientras este se hallaba sentado en su trono, y revestido de sus insignias, que verdaderamente deslumbraban; mientras todos los cortesanos se mantenían erguidos; él de rodillas, acompañado de su canciller tambien de rodillas, leía sus excusas y demandaba su perdon en términos bastantes á destruir, no ya la estimacion ajena, sino la propia y personal estimacion á la vista interior de su conciencia. Esperaba, despues de esto, el Landgrave, que el César le tendiese la mano y le mostrara su misericordia. Pero Carlos, irritado y furioso, recordando los antiguos agravios y presintiendo los agravios venideros, volvió la cabeza con menosprecio y dejó al soberano de hinojos, herido en el corazón y condenado por aquel acto á un suplicio moral mayor que todos los suplicios materiales.

Concluida tan terrible ceremonia, invitó el duque de Alba al soberano de Hesse á cenar en su castillo. A pesar del amargor que llevaba en su paladar, aceptó el humillado tal convite, que le alzaba un tanto de su inolvidable humillacion. Concluyendo de cenar estaban en compañía de varios otros príncipes y de algun cardenal cuando llegó una orden, cuyo contexto debía ser, por lo visto, de una gran importancia, pues logró demudar la cara del duque de Alba. Lo cierto es que jugaba Felipe de Hesse al ajedrez, cuando se le presentó Mauricio de Sajonia despavorido, diciéndole que, segun sus no-

ticias, no era en aquel palacio un huésped, sino un prisionero. Habíanlo asistido en todos aquellos trances y acompañádolo en aquel siniestro banquete sus dos deudos, el Elector de Sajonia y el Elector de Brandeburgo, los cuales fiaban la fidelidad del Elector á Carlos y la fidelidad de Carlos al Elector, en virtud de cuya fianza prometieran á este la libertad y la vida. El Landgrave sintió toda la sangre agolpársele á la cabeza y toda la ira, reconcentrada en sus hígados, salírsele en borbotones de palabras amargas por los labios. Los dos fiadores de la mutua lealtad de aquel contrato político se indignaron al igual de su protegido y dijeron la indignacion que les rebosaba del alma en los mismos airados términos. El Elector de Brandeburgo llevó su irritacion tan léjos, que, sacando la espada con fuerza, quiso hendir sin remedio á los ministros del Emperador, intento que perpetrara sin la presencia de cien mosqueteros españoles, los cuales impusieron el orden imperial en aquella especie de sepulcro, donde quedaban como enterradas la honra y las palabras imperiales. En su dolor, Mauricio, abrumado por los remordimientos, no se atrevió á separarse de quien habia sido víctima principal de sus victorias. En vano lo mismo este que el Elector de Brandeburgo recurrieron á Carlos. Cuantas mas instancias le hacian mas irritado contestaba. En los vértigos de su ira, llegó á decirles que estaba resuelto, si continuaban de tal suerte en sus inoportunas peticiones, á remitir bajo muy buena y segura guardia el Landgrave á España. Fué necesario coger á este como á una fiera y atarlo casi, para reducirlo á entrar en el carruaje donde lo trasportaban vencido y humillado.

Ya ninguna fuerza contrasta la autoridad del Emperador, ningun elemento le resiste. Sus huestes recorren victoriosas todo el centro de Alemania. Las ciudades mas notadas por su fidelidad á la revolucion religiosa entréganse por completo al vencedor. Ningun refugio va quedando en la Alemania de Lutero á la libertad del pensamiento y de la conciencia. Hasta la esclava Bohemia se rinde al férreo yugo de Fernando de Austria. La tierra clásica de las agitaciones religiosas parece tambien sobrecogida del general espanto y de la general reaccion. Sus diputados soberbios reciben el mismo tratamiento que los soberanos de la Alemania protestante. Mientras de esta suerte procede el movimiento reaccionario, la idea fugitiva, de retroceso en retroceso, pasa

la línea del río Elba, pasa la línea del río Weser, y se refugia en las ciudades del Báltico. Carlos V saca del centro de Alemania un millón seiscientos mil florines en dinero y quinientas piezas de gruesa artillería que reparte entre sus poderosos Estados como trofeos de su victoria. ¿Quién podrá resistirle? Vencedor en Mulberg, enseñoreado de Federico y de Felipe, la idea y la acción del Protestantismo, restablece por doquier el gobierno reaccionario de los patricios; arranca de cuajo, á modo de los déspotas asiáticos, poblaciones enteras como la infeliz Marbach, desarraigada de la tierra; humilla la capital del Imperio, Francfort, rota despues de sublevada; oye al Senado de Ulm felicitaciones en lengua española; somete á Estrasburgo y Augsburgo, fortalezas de la nueva idea; mientras Fernando entra en Praga, de dos verdugos acompañado, y expulsa tres mil familias taboritas y azota las mujeres y los niños hasta dejarlos como muertos, extendiéndose de extremo á extremo del Protestantismo monárquico las sombras de una reacción espantosa.

Sonaba, pues, en el reloj de los tiempos la hora en que debía aparecer el protestantismo republicano ahogado á fines del siglo anterior en Toscana. Pasóle á Florencia con Savonarola exactamente lo mismo que á Jerusalem con Cristo. La ciudad predilecta de la tribu de Judá no escuchó á su profeta y le crucificó; la ciudad predilecta de la nacionalidad italiana no escuchó á su profeta y le quemó. De haberle oído, quizás fundara la renovación religiosa dentro del catolicismo, como de haber oído Jerusalem á Cristo, quizás fuera la Roma espiritual de la nueva conciencia, teniendo por dominio el espíritu sin límites y sin riberas. Al poco tiempo de crucificar á Cristo, cayó Jerusalem para siempre y para siempre se hundió el templo de Jehová. Al poco tiempo de quemar á Savonarola, cayó para siempre la República de Florencia, que solo se ha levantado en algunos días de tempestad para caer nuevamente y no ha vuelto á ser nunca en la historia el nido de los artistas y el ara de la inspiración inmortal. El destino á que renunciara Florencia, lo tomó sobre sí la inmortal y nunca bastante comprendida y alabada Ginebra. En la intersección de los caminos entre Italia, Francia y Alemania, al frente de la republicana Suiza, al lado de aquella Saboya intolerante y monárquica, donde las sombras se espesan para que resalte mas la luz del ideal cercano; reuniendo la flor de los perseguidos italianos y franceses, se entrega,

en un estoicismo que parece durísimo pero que es necesario á su soledad y á su aislamiento, se entrega, decia, con devoción al culto del espíritu y funda aquella escuela que da los presbiterianos á Escocia, los puritanos á Inglaterra, los maestros á Holanda, los peregrinos á América, trayendo el Cristianismo republicano despreciado por Florencia, ese Cristianismo que va á ser como la sal de la tierra y como la honra de la historia. Estudiemos, pues, á Calvino con relación á su sociedad y á su tiempo.